

En el laberinto del viento



Marina
Colasanti

ANAYA

Título original: *Uma Idéia Toda Azul.*
Doze Reis e a Moça no Labirinto do Vento.

1.ª edición: noviembre 2008

© Del texto: Marina Colasanti, 1978, 2008
© De la traducción: Mario Merlino, 1988, 2008
© De la ilustración: Carmen Segovia, 2008
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2008
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-667-7842-8
Depósito legal: M-46863-2008
Impreso en ANZOS, S. A.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las
establecidas por la Real Academia Española en su
última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagjaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

En el laberinto del viento

Mari na Col asanti

Ilustración:
Carmen Segovia

Traducción:
Mario Merlino

ANAYA

A Fabiana y Alexandra, mis hadas.

*A Lissetta, mi madre,
que me enseñó a amar los cuentos de hadas,
y a Carlos Byington, que me ayudó a habitarlos.*

UNA IDEA TODA AZUL





El último Rey

Todos los días Kublai-Khan, último Rey de la dinastía Mogol, subía a lo alto de la muralla de su fortaleza para encontrarse con el viento.

El viento venía de lejos y tenía, para contar, el mundo entero.

Kublai-Khan nunca había salido de su fortaleza; no conocía el mundo. Escuchaba las palabras del viento y aprendía.

—La Tierra es redonda y fácil —dijo el viento—. Voy siempre hacia delante, y paso por el lugar de

donde salí. He dado tantas vueltas a la Tierra, que ella está ovillada en mi soplo.

A Kublai-Khan le pareció bonito ir y volver sin perderse nunca.

Un día el viento, venido de las montañas, llegó más frío.

—Fui a peinar a la nieve —heló el viento al oído del Rey—. La nieve es pesada y blanda. Debajo de su silencio, las semillas se aprontan para la primavera. Solo flores blancas calan la nieve. Solo pasos blancos marcan la nieve. En la nieve habita el Rey del Sueño.

Kublai-Khan tuvo deseos de nieve. Anudó, pues, hilos de plata en la Luna y la remontó contra el viento. Desde lo alto, espejo del frío, la Luna le trajo la nieve a Kublai-Khan. Y un sueño tranquilo.

Todos los días el viento contaba sus travesías en lo alto de la muralla.

Todos los días los largos cabellos del Rey se recostaban en el viento y recogían sus sonidos, como un arpa.

El viento habló del desierto.

—El desierto —dijo con lengua calurosa— es lento como el trigal. Y como el trigal me obedece. También él se curva bajo mi mano. Pero sus granos

no son dulces como los del trigo. Son de arena. Y con arena no se hace pan. Las gotas del desierto se llaman dátiles.

Kublai-Khan quiso humedecerse con la dulzura de los dátiles. Anudó, pues, hilos de oro en los rayos del Sol y lo remontó contra el viento. Desde lo alto, el calor se derramó en el reino de Kublai-Khan y los frutos maduraron. El Rey bebió entonces el zumo en el cuenco de sus manos.

En lo alto de la muralla, gastada de recibir siempre al viento, el mundo se ponía a los pies del Rey.

Y con el tiempo llega el día en que el viento besó con sal la boca de Kublai-Khan trayéndole el mar.

—El mar es mayor que el desierto y más profundo que la nieve —cantó el viento—. El mar es verde como los campos, pero su hierba crece en las profundidades y nadie ve el ganado que en él pasta. El mar llama a los hombres y canta. Su voz tiene nombre de sirena.

¿Oyó Kublai-Khan la llamada de la sirena en la voz del viento?

Nadie lo sabe.

Dicen los pastores de la planicie que lo vieron anudar cuerdas de lino en las puntas de la gran cometa de seda. Después lanzó la cometa contra el

viento y, abandonando con los pies lo alto de la muralla de su fortaleza, se dejó llevar por la cuerda blanca, último Rey mongol, lejos en el cielo, allá donde el azul se tiñe de mar.



Más allá del bastidor

Comenzó con hilo verde. No sabía qué bordar, pero iba a ser verde, estaba segura, verde brillante.

Hierba. Fue lo que apareció después de los primeros puntos. Una hierba alta, con las puntas dobladas como si estuviese mirando algo.

«Mira las flores», pensó ella, y eligió una madeja roja.

Así, poco a poco, sin modelo, fue apareciendo un jardín en el bastidor. Obedecía a sus manos, obedecía a su propio impulso, y surgía como si germinase en el rocío de la noche.

Todas las mañanas la niña corría hacia el bastidor, miraba, sonreía y añadía un pájaro más, una abeja, un grillo escondido detrás de un tallo.

El Sol brillaba en el bordado de la niña.

Y era tan lindo el jardín que lo empezó a querer sobre todas las cosas.

Fue el día del árbol. El árbol estaba listo, parecía no faltarle nada. Pero la niña sabía que había llegado la hora de añadir los frutos. Bordó una fruta violácea, brillante, como nunca había visto en su vida. Y otra, y otra, hasta que el árbol estuvo cargado, hasta que el árbol se hizo rico, y su boca se llenó del deseo de aquella fruta jamás probada.

La niña no supo cómo ocurrió. Cuando se quiso acordar, ya estaba montada en la rama más alta del árbol, saboreando las frutas y limpiándose el jugo que se le escurría de la boca.

«Seguro que ha sido por el hilo», pensó a la hora de volver a casa. Miró —la última fruta aún no estaba lista— y tocó el punto que acababa en una hebra de hilo. Y allí estaba ella, de vuelta en su casa.

Ahora que había aprendido el camino, todos los días la niña bajaba hasta el bordado. Elegía primero lo que le gustaría ver: una mariposa, una santateresa. Bordaba con cuidado; después bajaba por el hilo

hacia la espalda del insecto, y volaba con él, y se posaba en las flores, y reía y brincaba y se tumbaba en el césped.

El bordado ya estaba casi listo. Se veía poco paño entre los hilos de colores. Pronto estaría terminado.

«Faltaba una garza», pensó. Y eligió una madeja blanca matizada de rosa. Tejió sus puntos con cuidado, sabiendo, mientras lanzaba la aguja, cuán suaves serían la plumas y cuán dulce el pico. Después bajó al encuentro de la nueva amiga.

Fue así, de pie al lado de la garza, acariciándole el cuello, como la vio su hermana mayor al inclinarse sobre el bastidor. Era lo único que no estaba bordado. Y el dibujo era tan bonito que la hermana cogió la aguja, la canastilla de los hilos y comenzó a bordar.

Bordó los cabellos, y ya no los agitó el viento. Bordó la falda, y los pliegues se fijaron. Bordó las manos, para siempre quietas en el cuello de la garza. Quiso bordar los pies, pero los ocultaba el césped. Quiso bordar el rostro, pero la sombra lo ocultaba. Bordó, pues, la cinta de los cabellos, remató el punto y cortó, con mucho cuidado, el hilo.



Por dos alas de terciopelo

La princesa cogió la red, el frasco, la cajita de los alfileres, y salió a cazar. Siempre detrás de mariposas, no se conformaba con las que ya tenía, cajas y cajas de cristal en todos los aposentos del palacio. Quería otras. Quería más. Las quería todas.

No servía de nada buscar en los jardines. Después de tanta cacería, de tantos alfileres en la espalda, las mariposas sabían que ese no era lugar para ellas y hasta las orugas se alejaban arrastrando sus curvas perezosas en busca de un rincón más seguro para convertirse en mariposas. Tal vez en los campos,

cuando la cosecha estuviese madura. Pero era otoño. Tal vez en el bosque.

Al bosque fue la princesa. Buscó durante toda la mañana. Vio dos alas de colores que se movían entre las hojas; lanzó la red; solo recogió la flor que el viento agitaba. Creyó que había encontrado una mariposa oscura posada en un tronco: era la hoja que cargaba una hormiga. Después nada más. Pájaros, abejas, salamanquesas paseaban tranquilamente y se agitaban al Sol. Pero ninguna mariposa. Como si, advertidas de su presencia, esperasen escondidas en las riberas de la oscuridad.

Era casi de noche cuando la vio, inmensa mariposa negra en lento vuelo por el cielo que se apagaba. Corrió queriendo acompañarla. Tropezó con una piedra, se perdió entre los arbustos. El cielo limpio: ¿dónde estaba la mariposa? Pensó haberla visto en una dirección. Fue hacia allí. Pero todo estaba inmóvil; solo el agua se encrespaba en la superficie del lago.

Por la noche, en el palacio, solo habló de ella. Quería la mariposa. Si llegase a tenerla, prometió, dejaría de cazar. Eligió en la habitación el mejor lugar: encima de la cabecera, con las alas abiertas sobre la cama.

Soñó con la mariposa. Viajaba montada sobre ella y las alas de terciopelo la acariciaban al batir del vuelo.

Al amanecer se armó de arco y flechas y se fue al bosque. Esperó acostada, inmóvil en el mismo lugar de la víspera. La mañana pasó. Pasó la tarde. La noche sopló su viento. Y en el viento de la noche vino la mariposa negra.

Esta vez no la perdería. Sin despegar los ojos de ella, sin errar el paso, la princesa avanzó entre los árboles, llegó a la orilla del lago. Y la vio bajar abriendo las grandes alas en un último esfuerzo, para posarse sin zambullida, no mariposa, sino cisne, noble cisne negro.

Se estremece el agua del lago. La princesa arma el arco, tensa la cuerda, clava la saeta de oro en el pecho del cisne.

Pero es de su pecho de donde la sangre mana. Y es hilo, es reguero que, empapándole la ropa, deshaciendo la seda por donde pasa, transforma su cuerpo en plumas, negras plumas de terciopelo.

El día dormita. Dos cisnes negros se deslizan juntos en el lago. Brilla olvidado el arco de oro.